

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 12, capítulo CCXXVIII**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**María del Carmen Berdejo Bravo**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 12, capítulo CCXXVIII**

**Anotado y revisado por  
María del Carmen Berdejo Bravo  
(UAM Azcapotzalco)**

## **Capítulo CCXXVIII**

**Juan Álvarez muere;  
Severo del Castillo es indultado**

**Agosto de 1867**

## **CCXXVIII**

### **JUAN ÁLVAREZ MUERE; SEVERO DEL CASTILLO ES INDULTADO**

**Agosto de 1867**

A mediados del mes de agosto, Matías Romero, ansioso de arreglar todos los asuntos pendientes, para poder regresar a México tan luego le llegue la licencia o aceptación de su renuncia, se dirige a Nueva York, para ponerse de acuerdo con la casa que emitió los bonos con que se financiaron las adquisiciones de armas en los últimos días de la lucha contra el imperio, a fin de destruir las matrices.

Según informa en carta del 14 de agosto, fechada ya en Washington, el secretario de Estado Seward manifestó interés en hablar con él, por lo que se regresó rápidamente a la ciudad de Washington y se puso en contacto con el secretario de Estado, quien, sin informarle que ya había sido acreditado oficialmente Marcos Otterbourg como ministro de los Estados Unidos ante el gobierno republicano, insiste en que, además de aceptarlo en ese carácter, se le reconozca como encargado de la protección de los súbditos franceses y prusianos en México.

Con mucha razón, Matías Romero considera que esto último no es aceptable, tomando en cuenta los antecedentes de Otterbourg, que públicamente manifestó su simpatía por el imperio, en sus funciones de cónsul de los Estados Unidos, en los años de la presencia de Maximiliano en México.

A los pocos días, Romero informa en larga carta al Presidente Juárez, sobre diversos asuntos, entre otros que ha sido nombrado Mr. Plumb, secretario de la legación; pero como se le sigue ocultando la designación

hecha a favor de Otterbourg, se le hace creer que el objeto del envío de Plumb es para que funja como encargado de negocios.

Hay un párrafo en esta carta de gran importancia, en el que lamentablemente Matías Romero no tuvo oportunidad de ampliar su información y, sobre todo, fundamentarla.

Hace saber que al publicarse la correspondencia de el ministro Campbell, que nunca presentó sus credenciales ante Juárez, se descubre que el ministro francés llegó a proponer a Mr. Seward, en conversación directa, que "los Estados Unidos y la Francia se desembarazaran de usted y Maximiliano y propusieran y favorecieran la candidatura de González Ortega". Comenta Matías Romero, con sobrada razón, que "es seguro que Napoleón no habría dado este paso si no hubiera tenido un acuerdo previo con Ortega".

Mientras tanto en México, sorpresivamente le llegaron a Marcos Otterbourg sus credenciales acreditándolo como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, cerca del gobierno constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, inmediatamente se apresura a presentarlas al gobierno en ceremonia muy lucida que tuvo lugar el 19 de agosto en el Palacio Nacional.

En el discurso pronunciado, Otterbourg insistió en que el gobierno de los Estados Unidos, al sostener la causa republicana en el mundo con fidelidad y energía, aseguró la integridad de México. El texto del discurso, que figura en este capítulo, es habilidoso y llena de elogios a la nación y al gobierno mexicano.

Juárez contesta con un cuidadoso discurso, en el que insiste en que el apoyo de los Estados Unidos a México ha sido exclusivamente moral y que a lo largo de la lucha que tuvo que afrontar el pueblo mexicano ha captado "la simpatía del pueblo y el gobierno de los Estados Unidos que, en la grandeza de su prosperidad, han demostrado la justicia de su política, sosteniendo el principio de no intervención, como una de las primeras obligaciones del gobierno en el respeto debido a la libertad de los pueblos y a los derechos de las naciones".

Probablemente, por lo dilatado en el envío de noticias, Otterbourg no se enteró oportunamente de que su nombramiento había sido rechazado por

el Senado. Cuando le llegó la noticia, se retiró sigilosamente. La prensa informó que el 14 de septiembre había salido de la ciudad, junto con su familia, rumbo a los Estados Unidos. No se dijo que había sido retirado. La misma prensa diaria informó que Edward Plumb había llegado como secretario de la legación y actuaba como encargado de negocios a falta de ministro.

Por lo que hace al orden interno, los problemas siguen acumulándose. Justo Mendoza, gobernador del estado de Michoacán, se muestra abrumado por la carga de tener que sostener al ejército del Centro que radica en esa entidad y pide al Presidente Juárez envíe a otra persona que lo sustituya en el difícil cargo de gobernador.

Diego Álvarez, gobernador de Guerrero, tiene que enfrentarse a la sublevación del general Vicente Jiménez, que pretende derrocarlo del mando, aparentando, sin embargo, obedecer al gobierno federal, al mismo tiempo que permanece al lado del lecho donde su padre, el general Juan Álvarez, se encuentra gravemente enfermo desde principios de julio, víctima más del peso de los años, que de enfermedad alguna.

Escribe una larga y razonada carta a Juárez en que, con toda ruda franqueza, le manifiesta su descontento y molestia porque el gobierno no haya tomado una decisión en relación al problema creado por el general Jiménez y que pida informes para fijar su criterio, en lugar de apoyarse en la información que Diego Álvarez, como gobernador y comandante militar, ha estado proporcionando al gobierno. Mostrando una gran susceptibilidad, considera que se ha desconfiado de sus informes y que esto lo ofende.

Lamentablemente la fuerte ceiba que ha sobresalido inhiesta, por tantos años, en medio de la costa guerrerense, sirviendo de baluarte y de ejemplo en la lucha por la independencia y por las libertades públicas, tiene que rendir tributo a la carga de los años, y el 21 de agosto, con setenta y siete años de edad, Juan Álvarez muere.

Por la falta de facilidades de comunicaciones, la noticia tarda en llegar a la Ciudad de México; cuando al fin ésta se divulga, en los primeros días de septiembre, causa gran pena.

Es visible que otros vientos soplan ya por fortuna en el territorio nacional, apareciendo nuevas inquietudes. El general Juan N. Méndez, a mediados de agosto, escribe al presidente, anunciándole que ha enviado una comisión para pedirle que el ferrocarril mexicano que se está construyendo de la capital a Veracruz, pase por la ciudad de Puebla. Esto indudablemente crearía complicaciones en el trazo, por lo que no fue posible acceder a la petición, y más tarde, con el deseo de comunicar a Puebla simultáneamente con la Ciudad de México y Veracruz, habría que construirse el ramal que va de Puebla a Apizaco.

El 17 de julio el consejo de Guerra que se había constituido en Querétaro, después de largas deliberaciones, sentenció a muerte a los generales imperiales Casanova, Escobar, Ramírez, Valdez, Moret, Mariano Reyes, Herrera y Lozada, Manuel María Calvo, Magaña, Liceaga, Monterde, Otón y al general Severo del Castillo, que había sido cuartel maestro del ejército sitiado; además, al príncipe de Salm Salm. Inmediatamente los liberales queretanos Jesús María Vázquez, que había actuado como defensor de Maximiliano, Hipólito A. Vieytes, el presbítero Nicolás de la Campa y los hermanos Díaz y Soto, solicitaron de Juárez el indulto de los condenados.

El presidente lo concedió, conmutándoles la pena de muerte por la prisión por varios años, con la única excepción del general Severo del Castillo.

Manuel de Zamacona, no obstante sus malas relaciones políticas con Juárez, pues francamente hacía la oposición al gobierno y concretamente al Presidente de la República, desde su periódico *El Globo* escribió una sentida carta a Juárez el 14 de agosto, solicitando se indultara también a Severo del Castillo. Señala que la opinión pública considera que "el tributo de sangre, que la traición ha pagado a la justicia, es ya bastante para asegurar los fueros de la sociedad". También indica que el abusarse en la aplicación de la pena de muerte es un indicio "de nuestra imperfecta civilización".

Los hermanos de Severo del Castillo, José María del Castillo, Carolina F. de Castillo y Carlos Antonio de Berguido, escriben también una carta emotiva, dolorosa, invocando razones humanas para solicitar del

Presidente de la República, no el perdón absoluto, sino la conmutación de la pena.

Juárez accede a la petición y el 29 de agosto le envían las personas antes mencionadas una carta en que hacen presente su gratitud por haberle perdonado la vida a su hermano.

Tardíamente informadas las mujeres de la región de Soconusco de que Margarita Maza de Juárez ha vuelto al país, le escriben el 25 de agosto, desde Tapachula, dándole la bienvenida y deseándole larga vida en compañía de su esposo. Es interesante esta comunicación, porque muestra cómo ya algunas mujeres de ese tiempo se interesaban en participar activamente en la vida pública.



# **DOCUMENTOS**

**Agosto de 1867**

SEWARD DESEA PROTEGER A OTROS EXTRANJEROS  
RESIDENTES EN MÉXICO

Washington, agosto 14 de 1867

Señor don Benito Juárez  
México

Mi muy querido amigo:

Hoy he recibido por Matamoros la carta que me escribió usted en Chapultepec el 13 de julio próximo pasado con una postdata fechada en México el 17. Mucho celebro que llegara usted a México sin novedad y lo felicito por ello muy cordialmente.

Considero lo muy satisfactorio que habrá sido para usted volver a la capital de la República bajo tan prósperos auspicios.

No me dice usted cuáles de mis cartas ha recibido, ni tampoco he tenido carta ni comunicación ninguna del señor Lerdo.

Espero, sin embargo, correspondencia mañana venida por el paquete inglés.

El 6 del actual salí de esta ciudad para Nueva York, con el objeto que indiqué a usted en mi última carta. En los días 7 y 8 me ocupé en persuadir a Mr. Tiffit a que procediéramos a destruir los bonos restantes y los troqueles. El 9 estuve indispuesto y no pude adelantar nada. El 10 convenimos en que se destruirían los bonos y así lo verificamos el día 14. Por no haber recibido aún el certificado respectivo, no comunico ésta oficialmente al señor Lerdo. Lo haré, sin embargo, por el próximo correo. Respecto de las placas tuve que diferir su destrucción para después, porque Mr. Tiffit desea conservarlas para poder influir de ese modo en que el gobierno le reconozca su importe. Antes de que yo me vaya, y

cuando reciba las instrucciones que espero respecto de la liquidación de cuentas con la casa de Carlies y compañía, haré que se inutilicen. Los bonos quemados antier son todos los que quedaban y su importe era casi de un millón de pesos.

El lunes en la noche recibí una carta de Cayetano en que me decía que Mr. Seward me había mandado llamar. Como en ese mismo día habían quedado destruidos los bonos, no tuve inconveniente en venirme ayer por la mañana; al llegar a esta ciudad fui a la casa de Mr. Seward y, no habiéndolo encontrado, fui en la mañana de hoy a verlo al departamento de Estado. Oficialmente comunico al señor Lerdo por este vapor el objeto con que deseaba verme, que se reduce a que consintamos en reconocer a Mr. Otterbourg como encargado de la protección de los súbditos franceses y prusianos en México. Veo dificultades para esto, emanadas de la persona de Mr. Otterbourg más bien que de otra causa y como a esta hora ya habrá usted adoptado una determinación respecto de si lo reconoce o no como agente de los Estados Unidos, todo dependerá, según creo, de la referida resolución de usted. Esta ocasión es buena para manifestar que los extranjeros pacíficos que respeten nuestras leyes, no necesitan protección ninguna.

También mando al señor Lerdo copia de las instrucciones que Mr. Seward ha comunicado a Mr. Otterbourg previniéndole que no presente ninguna reclamación pecuniaria al Supremo Gobierno sin instrucciones especiales del departamento de Estado.

No siéndome posible escribir hoy al señor Lerdo, agradeceré a usted le enseñe esta carta.

No hay fundamento para el rumor que circula de la próxima salida de Mr. Seward del gabinete.

El día último de este mes dejaré la casa que ocupo en esta ciudad y me llevaré a Nueva York a mi madre y hermana.

Creo que por la correspondencia del paquete inglés me vendrá la autorización que tengo pedida para regresar a México y, en ese caso, solamente me detendré aquí si Mr. Seward lo deseara o si ocurriese algo imprevisto y de carácter grave.

Mariscal se quedó dos o tres días más en Nueva York y no lo espero aquí sino hasta mañana o pasado.

Soy de usted, muy afectuosamente, su amigo sincero y seguro servidor.

Matías Romero

MATÍAS ROMERO INFORMA A JUÁREZ  
SOBRE VARIADOS TEMAS

Washington, agosto 17 de 1867

Señor don Benito Juárez  
México

Mi muy querido amigo:

Antier llegó a esta ciudad la correspondencia del paquete inglés, en la que esperaba yo instrucciones de usted para poderme regresar a la República. Desgraciadamente no recibí nada oficial, seguramente a causa de la enfermedad que me dicen estaba padeciendo el señor Lerdo y de usted no me vino más que una carta de muy pocos renglones, fechada el 22 de julio próximo pasado, en que me dice que supone ya habré recibido lo relativo a mi solicitud para regresar a México y que, en consecuencia, nada nuevo tiene que comunicarme.

El 26 de junio recibí las instrucciones que me comunicó el señor Lerdo el 31 de mayo anterior, diciéndome que por entonces no se me podía conceder licencia y desde entonces no he vuelto a recibir nada sobre este asunto. Como la situación era, en efecto, muy difícil entonces, a consecuencia de las cuestiones suscitadas con el fusilamiento de Maximiliano y arresto de Santa Anna, no me habría yo ido de aquí, aun cuando hubiera recibido autorización para hacerlo, sino después de dejar satisfactoriamente arregladas esas dos y las demás cuestiones que se suscitaron.

Por fortuna esto se consiguió a poco y después de ello volví a escribir oficial y particularmente al señor Lerdo, diciéndole que necesito imperiosamente ausentarme de aquí por algún tiempo, tanto para

restablecer mi salud, como para desembarazarme de la casa que tengo y por otros varios motivos, y que volvía yo a suplicarle que me mandara una licencia para usarla bajo mi responsabilidad cuando creyera yo poder hacerlo sin detrimento del servicio público; que la ocasión más oportuna sería en el tiempo que transcurra antes de la reunión del Congreso de los Estados Unidos. Creía yo que sobraría tiempo para que por el paquete inglés se me contestara a esto, pero desgraciadamente no ha sido así y tendré que esperar cuando menos un mes más.

En virtud de una recomendación muy especial hecha por Mr. Sumner a Mr. Seward en favor de Mr. Plumb y de haber dicho, en una junta de ministros, el general Grant, que está funcionando ahora de ministro de Guerra interino, que era mejor atenerse a la ley que a falta de ministro dejaba la legación en manos del secretario, se determinó el presidente a acreditar a Mr. Plumb como encargado de negocios. Ha recibido ya instrucciones para proceder sin dilación a la Ciudad de México y dentro de dos o tres días saldrá de aquí para Nueva Orleáns. Esto, pues, pondrá término a la representación de que se había querido investir a Mr. Otterbourg, quien habrá salido tan a gusto de los empleos. Habiendo renunciado ya el Consulado, será necesario que el presidente lo nombre nuevamente y no es probable que lo confirme el Senado. Además si necesita, como creo, de nuevo *exequatur*, el gobierno podía negárselo si lo creyese conveniente y así podía desembarazarse enteramente de él.

Entre la correspondencia de Mr. Campbell, que acaba de salir a luz y que envió hoy oficialmente al señor Lerdo, hay un documento de mucha importancia y que, a mi juicio, pone fuera de duda el hecho de que don Jesús González Ortega llegó a estar en connivencia con los franceses. Consiste este documento en un memorándum de una conversación entre Mr. Seward y el ministro francés, en la que el segundo propuso al primero que los Estados Unidos y la Francia se desembarazaran de usted y Maximiliano y propusieran y favorecieran la candidatura de (González) Ortega. Para mí es seguro que Napoleón no habría dado este paso si no hubiera tenido un acuerdo previo con Ortega.

La entrada del general Grant en el ministerio de Guerra, hace que tengamos un amigo más en el gabinete.

El gobierno del Perú ha propuesto al Congreso que decrete a usted una medalla de honor. Oficialmente mando al señor Lerdo, por este correo, el texto del proyecto de ley y de la exposición que lo precede.

Con mucho gusto me he impuesto de la buena recepción que la familia de usted tuvo en su tránsito. Hasta que Mr. Plumb regresó a Washington no he sabido la manera indebida con que se manejaron los agentes subalternos de este gobierno en Nueva Orleáns. Puedo asegurar a usted que Mr. Seward no ha tenido la culpa de esto, habiendo consistido la única falta en el descuido de mandar disponer Para la familia un vapor en que no podría ir toda con entera comodidad. Yo no creí conveniente pedirle que se cambiara el vapor, porque creía habría parecido a usted muy mal el hacer esto y, porque en las circunstancias de entonces, esto es, en los días en que se recibía aquí la noticia de la ejecución de Maximiliano, a pesar de la recomendación de los Estados Unidos, no parecía propio que apareciéramos exigentes.

Digo a usted esto y entro en estas explicaciones, porque he sabido que el señor Santacilia se fue algo resentido conmigo, creyendo que yo era responsable de que no se hubiera dado mejor buque a la familia. He tenido en hacerlo tanta culpa como usted. Si de mí hubiera dependido, hubiera dado a la familia el mejor buque. Indiqué a Mr. Seward de palabra y por escrito y de cuantos modos pude, que la señora se iba con su familia y que ésta era larga. Una vez designado el buque no creí conveniente pedir que nos dieran otro. Si no era suficiente me pareció más fácil acomodarse a él, que urgir porque facilitaran otro.

Soy de usted afectísimo atento y seguro servidor.

Matías Romero



DISCURSO DEL MINISTRO OTTERBOURG  
AL PRESENTAR SUS CREDENCIALES

Agosto 19 de 1867

Señor presidente:

Tengo el honor de presentar a V. E. mis credenciales como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América cerca del gobierno constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

El hecho de haber acreditado tan pronto un representante, después del regreso de vuestro gobierno a la capital de la República, es una prenda segura de la simpatía con que han visto los Estados Unidos el triunfo alcanzado por la heroica constancia de México en la reciente lucha por su independencia y por sus instituciones liberales.

El gobierno del pueblo americano, fiel a sus deberes internacionales y a las obligaciones que tiene para con sus propios ciudadanos y para con las demás naciones, ha sostenido con una fidelidad, un honor y una integridad que le aseguraron el respeto del mundo civilizado, la causa del republicanismo y con ella la integridad de México.

Sus medidas y su política en sus relaciones con otros pueblos, durante la guerra de vuestro país, han sido francas, sinceras y sin disfraz. Sin pedir nada que no fuera justo, y sin someterse a nada que fuera irregular, se ha vindicado a sí mismo con la pureza, integridad y lealtad que ha guardado a los principios que ama el pueblo americano.

Siéndome, pues, dado señalar la brillante carrera de mi país, que por su proceder se ha captado la confianza y el respeto del mundo, tengo a orgullo el haber sido elegido por el presidente de los Estados Unidos

para expresar, señor presidente, la profunda simpatía que profesan a México el gobierno y el pueblo americano, así como el deseo que abrigan de procurar en todas ocasiones el desarrollo de sus mutuos intereses y la felicidad de las dos repúblicas.

No hago sino interpretar débilmente el pensamiento del gobierno y del pueblo de los Estados Unidos, asegurando que esperan con confianza el tiempo en que lo prometido por México en su reciente lucha por las instituciones libres, recibirá su cumplimiento en medio de una carrera nacional igualmente próspera.

Imbuido yo por mi larga residencia en México en las mismas simpatías por su prosperidad y ventura, puedo aseguraros, señor presidente, con igual franqueza, que procuraré, en la órbita de mis deberes e instrucciones, cooperar al logro de estos fines que mutuamente desean ambos pueblos.

CONTESTACIÓN DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA  
AL DISCURSO QUE MR. MARCOS OTTERBOURG  
PRONUNCIÓ AL PRESENTAR SUS CREDENCIALES  
DE ENVIADO EXTRAORDINARIO  
Y MINISTRO PLENIPOTENCIARIO  
DE LOS ESTADOS UNIDOS EN MÉXICO

Agosto 19 de 1867

Señor ministro:

La satisfacción que tendría en todas circunstancias, al recibiros como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América cerca del gobierno de la República Mexicana, se aumenta cuando me manifestáis que vuestro nombramiento es una muestra de la simpatía de los Estados Unidos por el triunfo que ha obtenido México, defendiendo su independencia y sus libres instituciones.

Los Estados Unidos han dado la fuerza de su apoyo moral a la causa del republicanismo en todas partes y a su libre conservación en México, sosteniendo los principios justos del derecho internacional. El pueblo y el gobierno de México, en su lucha por la causa de la República contra una intervención extranjera, han estimado y estiman en su alto valor las simpatías del pueblo y el gobierno de los Estados Unidos que, en la grandeza de su prosperidad, han demostrado la justicia de su política, sosteniendo el principio de no intervención como una de las primeras obligaciones de los gobiernos, en el respeto debido a la libertad de los pueblos y a los derechos de las naciones.

Os agradezco, señor ministro, la expresión de vuestros benévolos sentimientos por el bienestar del pueblo mexicano y con ellos me dais la

confianza de vuestra eficaz cooperación, en el deseo que anima al gobierno de México, de cultivar y fomentar sus relaciones con el gobierno de los Estados Unidos, para mantener siempre la buena amistad y procurar los mutuos intereses de los dos pueblos.

JUSTO MENDOZA DESEA DEJAR  
EL GOBIERNO DE MICHOACÁN

Morelia, agosto 14 de 1867

Señor Presidente de la República,  
licenciado don Benito Juárez  
México

Mi estimado señor de mi aprecio y respeto:

Desde que se recibió en esta ciudad la orden del ministerio de la Guerra para el arreglo del ejército, de acuerdo con el señor Régules, se alistó toda la fuerza del estado para ponerla en marcha, haciéndose positivos sacrificios, especialmente en cuanto a recursos. En marcha ya la división para esa capital, conforme a las órdenes superiores, se mandó contramarchar por el señor Régules, encontrándose en esta plaza hasta nueva determinación.

Me tomo la libertad de recordar a usted las observaciones que hice en mi anterior, respecto de la imposibilidad en que se halla el estado para sostener la fuerza armada que hoy tiene y, aunque esta situación la creo muy transitoria, el gobierno del estado se encuentra violento y angustiado para hacer frente a tanto compromiso. No he tenido ninguna explicación ni recibido órdenes sobre este particular, pues ni el señor Régules me ha escrito. Esta expectativa no puede prolongarse porque, no hallándole una explicación satisfactoria, observo en el estado síntomas de alarma que, en mi concepto, deben hacerse desaparecer prontamente.

Si esta situación se prolonga más, señor, me creo desde ahora en el deber de hacer a usted presente que se sirva pensar en otra persona que se encargue del gobierno del estado, pues las fatigas de toda la campaña y lo

tirante de la situación en el estado, desde el sitio de Querétaro hasta esta fecha, me tiene agobiado. Hoy que creo cumplidos todos mis compromisos, por el feliz término de la guerra y el restablecimiento del gobierno general en esa ciudad, me parece que nada más se puede exigir de mí y que es tiempo de que piense en mi propia persona. Sobre este punto nada digo a usted oficialmente, en espera de sus superiores órdenes sobre la situación del estado.

Hoy me ha comunicado el ministerio de la Guerra lo acordado respecto del coronel Valdez, jefe de los sublevados de Huetamo y, aunque por mi parte será fielmente cumplida esta superior resolución, supongo que se pondrá a disposición del gobierno, pues si sigue en el aislamiento en que ha estado, será ilusoria la protesta de obediencia que ha hecho.

Espero, señor, que en la presente se servirá usted ver mis buenos deseos por el servicio público sin ninguna otra mira, que está muy lejos de abrigar su subordinado y atento servidor q. b. s. m.

Justo Mendoza

DIEGO ÁLVAREZ SE SIENTE MOLESTO;  
DON JUAN SE AGRAVA

La Providencia, agosto 14 de 1867

Señor Presidente licenciado Benito Juárez  
México

Mi apreciable amigo y señor de mi consideración:

Hoy he recibido una grata de usted sin fecha, que supongo escrita el 24 del próximo pasado, porque esa fecha trae la que se sirvió dirigir al señor mi padre, y por ella quedo enterado de que recibió usted mi anterior y la comunicación oficial que dirigí al ciudadano ministro de Guerra sobre los sucesos acaecidos el 13 de junio en Iguala.

Después de tributar a usted mi reconocimiento por haber tenido la bondad de avisarme su ingreso a esa ciudad y de repetirle por ello mi más cordial felicitación, permítame llamar su atención acerca de lo que me dice, "de que luego que reciba algunos informes que tiene pedidos, dictará una resolución definitiva sobre el motín sedicioso del general Jiménez, que asegure la paz y bienestar de este estado".

Esto quiere decir tanto como que no son suficientes los informes que yo he dado, siendo el gobernador y comandante militar del estado y no habiendo dado nunca motivo alguno al Supremo Gobierno para que dude de mi palabra de honor. Y eso cuando se trata de una rebelión encabezada por un general inferior en clase, que me estaba subordinado y cuando los prohombres que acompañan a éste son Figueroa, Arce, Linares, el Borrego y otros ladrones muy conocidos en la cañada de Cuernavaca, a quienes la sociedad persigue por sus crímenes y que, desgraciadamente, han venido a incrustarse en las filas republicanas para

acreditar con esto lo que de nosotros dicen en el extranjero "que somos una horda de bandidos y asesinos". Y cuando, además, se le reúnen Juanchito, Vicario y otros 300 traidores que han asesinado a un general de la República, que, como sus antepasados, combatió siempre en defensa de la independencia nacional. Esto es inexplicable para mí, señor presidente, y lo es tanto más cuanto que no existe razón alguna atendible para aplazar la reducción al orden de aquellos que, al rebelarse contra la autoridad legítima, han derramado la sangre de soldados beneméritos que lucharon siempre por la libertad y por la autonomía nacional, pues aun permitiendo sin conceder que fueran verdaderos los cargos que me hacen, debería someterlos inmediatamente al orden y en seguida sujetarme a juicio, para que responda a esos cargos y lo haré presentándome donde el Supremo Gobierno lo disponga.

Sensible es para mí tener que manifestar a usted que, sin presumirlo siquiera, ha contribuido con un aplazamiento en este asunto a empeorar la salud del señor mi padre. Éste, desde que supo la rebelión del general Jiménez, a quien tanto había favorecido, hizo un gran sentimiento y comenzó a decaer notablemente. Poco después de mi regreso de Iguala, cayó en cama, agobiado bajo la influencia de los últimos sucesos del estado y, como dotado de una imaginación en extremo impresionable, ha estado con una ansiedad mortal a la expectativa de las determinaciones de usted, de quien siempre ha confiado por tenerlo como nuestro verdadero amigo y esta incertidumbre ha contribuido a su completa postración, pues se halla enfermo de gravedad. Creo, por los antecedentes (sic) que tiene de la conducta del señor Jiménez, que ha entrado en sus cálculos abreviar los días que le quedan de vida, para desarrollar sus ambiciosos designios.

Y no puede calcularse otra cosa, cuando al tiempo de sublevarse hizo correr el rumor de que el señor mi padre había muerto y después presumiendo, sin duda, que al descubrirse esa falsedad quedaría solo, hace decir a sus secuaces que obra con acuerdo del Supremo Gobierno, engañando de ese modo a los pueblos, a los que impone fuertes préstamos, los fuerza a que levanten actas en su favor y comete, para lograrlo, todo género de tropelías.



Triste, muy triste es decirlo, pero es la verdad. Las continuas convulsiones del país han engendrado tan grande desmoralización en las masas, que multitud de individuos temen la paz., porque no teniendo medios de subsistencia, quedan reducidos a vivir en la miseria. De aquí proviene que cualquier ambicioso encuentra partidarios, y más cuando deja a éstos en libertad para que talen los campos, se echen sobre las propiedades, roben a los transeúntes y estupren y violen, como lo hace el general Jiménez. Esto no sucede con la autoridad que estima la honra de su patria y la suya propia, porque ésta, como me sucede a mí, sólo puede proporcionar al soldado el mezquino haber de un real diario, con el que apenas mal come, quedando a los pocos días desnudo. Por esto al ver que en otra parte se le da quizá menos haber, pero se le deja en libertad para tomarse lo ajeno y se le receptan sus maldades, prefiere esa condición a aquella en que su reputación es honrosa, pero a costa de mil penalidades.

Convencido yo de esta verdad, nunca jamás he ambicionado el mando y si lo acepté en 1862 fue por los motivos que expreso en el manifiesto adjunto.

Hechos los rebeldes de la única imprenta que existe en el estado, circulan con profusión sus producciones en su periódico titulado el *Regenerador*, en el cual propalan infinidad de calumniosas especies contra mí, llevando su encono y su audacia hasta amenazarme con la expatriación o la muerte, como si fuera un criminal, asegurando que cuentan con la aquiescencia de los pueblos. Esto no es exacto y pasa al parecer desapercibido, porque de pronto no tengo medio de refutar por la prensa sus mentirosos asertos ni de publicar la infinidad de documentos en que se quejan de los crímenes de Figueroa y sus compañeros, ni de dar a luz las protestas de varios ciudadanos sobre el modo como se les ha hecho firmar las actas, porque para hacer esas publicaciones tengo necesidad de que se impriman en el extranjero y quizá cuando llegasen habría pasado su oportunidad.

En virtud de estas consideraciones, ruego a usted me haga conocer su resolución con la prontitud que demandan las circunstancias para saber a qué atenerme, porque si la superioridad, con su silencio, sanciona los hechos de los rebeldes, la autoridad que ejerzo queda vilipendiada, se

relajan más y más los resortes de la obediencia y continúa la desmoralización de los pueblos, y en este caso estoy dispuesto a entregar el mando a quien se me ordene.

El señor mi padre me encarga saludar a usted con el cariño de siempre y felicitarlo por su ingreso a la capital de la República. No le escribe porque su enfermedad le impide hacer más de cuarenta días firmar su correspondencia y como yo lo hago por él, me parece excusado contestar a usted en su nombre por separado.

Acabo de recibir aviso de que el bandido Figueroa ha invadido el distrito de Mina en donde está cometiendo sus acostumbrados robos y tropelías y ya mando una fuerza en auxilio del ciudadano general Nicolás Pinzón, prefecto y comandante militar de aquel distrito, que se halla en Pineda. No envío el parte oficial respectivo al ministerio por la inseguridad de las comunicaciones, pues ésta la dirijo a usted por la vía de Tlapa que es un rodeo de bastante extensión.

Sin otra cosa, quedo de usted su afectísimo amigo que le desea felicidades.

Diego Álvarez

EL GENERAL MÉNDEZ ABOGA  
PORQUE EL FERROCARRIL PASE POR PUEBLA

(Puebla de) Zaragoza, agosto 19 de 1867

Señor Presidente don Benito Juárez  
México

Muy señor mío de mi aprecio y particular atención:

No obstante que los señores licenciados don Joaquín Ruiz y don Francisco Fernández, habrán hablado a usted suficientemente acerca de la solicitud de este gobierno, para que el ferrocarril, que debe enlazar la capital de la República con el puerto de Veracruz, pase por esta ciudad, me tomo la libertad de recomendar a usted muy especialmente este negocio, porque de su consecuencia depende la felicidad y progreso del estado.

Siendo tan palpables y conocidas las ventajas que proporciona el establecimiento de una vía férrea, Puebla quedaría nulificada y en completa ruina, si de llevarse adelante el proyecto de introducir esta mejora, segregando a esta ciudad de las demás poblaciones que debe recorrer en su trayecto; en este caso, el estado que ha sabido prestar tantos y tan útiles servicios a la causa nacional, que ha dado pruebas tantas de patriotismo y abnegación, quedaría reducido a la impotencia e incapaz de seguir representando, como hasta aquí, entre los demás de la confederación mexicana, el lugar a que lo han hecho acreedor sus virtudes y adhesión a las instituciones republicanas.

Considero los muchos obstáculos que se opondrán a la realización de esta grandiosa idea, pero me alienta la esperanza de que sabrán

vencerlos el recto juicio y amor decidido por el bienestar de los pueblos que han marcado, de un modo tan particular, el feliz gobierno de su administración.

Espero que conseguiré lo que solicito; razón porque ofrece a usted su gratitud y reconocimiento, su servidor y sincero amigo que le desea felicidades.

Juan N. Méndez

ZAMACONA INTERCEDE  
POR EL GENERAL SEVERO DEL CASTILLO

(México), agosto 14 de 1867

Presidente:

No soy intruso presuntuoso por carácter. Muy lejos estoy de creer que mi voz pueda tener ascendiente especial sobre el ánimo de usted, que se haya en un punto de vista tan alto para dominar todas las cuestiones de interés público. Pero el hombre más oscuro suele sentir a veces que se alzan de las profundidades de su corazón buenas inspiraciones y yo he creído hoy hallarme en este caso.

Me ha hecho mella profunda la excepción, que se me dice ha acordado el gobierno, de don Severo (del) Castillo en el indulto concedido a los sentenciados de Querétaro.

Tengo la convicción y, me parece que es el sentimiento público, de que el tributo de sangre que la traición ha pagado a la justicia, es ya bastante para asegurar los fueros de la sociedad.

Ir más adelante, sería comprometer en el porvenir la fama del país y de sus hombres públicos, porque no pasarán muchos años sin que domine la idea de que la pena de muerte no es una satisfacción a la vindicta pública, sino, cuando mucho, un medio de seguridad en nuestra imperfecta civilización.

Esta consideración, grave siempre que se meditan cuestiones de sangre, lo es mucho más, cuando se trata de establecer excepciones en la clemencia. ¿Qué hombre puede atreverse, en caso semejante, a hacer de su corazón una balanza infalible para la justicia? En peligro de equivocarse ante la nación y ante la posteridad, vale más inclinarse al lado de la templanza.

Escribo, señor, muy de prisa porque me aseguran que están corriendo las últimas horas de la vida de un hombre, cuyo destino está en manos de usted. Conozco las responsabilidades, pero ¿estamos, seguros de que entre los indultados no haya nadie contra quien pudiera hacerse el mismo argumento?

Deseo sinceramente que el nombre de usted y el de la República se conserven sin mancha, ante la calumnia que va a ser ahora el recurso de muchos enemigos despechados. Confúndalos usted, señor presidente, con grandes rasgos de magnanimidad y elevación de carácter. Ya que no hay una regla fija para castigar la traición, que las dudas se decidan en el sentido de la indulgencia.

Mi amistad ruega a usted que entre dentro de sí y se inspire sólo de su grande alma.

Manuel de Zamacona

LOS HERMANOS DE SEVERO DEL CASTILLO  
PIDEN SU PERDÓN

Casa de usted, agosto 19 de 1867

Ciudadano Presidente de la República,  
licenciado don Benito Juárez

Señor de nuestro mayor respeto y aprecio:

Nuestro hermano, don Severo del Castillo, por circunstancias que usted bien conoce, se encuentra hoy en la terrible y espantosa situación de estar en instantes de sufrir la tremenda pena de muerte. Nosotros, altamente afligidos y tocando ya a la desesperación, hemos recurrido, por cuantos medios nos ha sido dable, en solicitud del perdón, no absoluto de los hechos porque ha sido juzgado, sino de la conmutación de la pena; y en razones bastante favorables a él y bien conciliadas con la justicia y vindicta públicas, elevamos un ocurso, en pos de tal conmutación, al ciudadano ministro de la Guerra, quien no estimó recibirlo, diciéndonos que era asunto concluido.

Faltos de esta esperanza, nos dirigimos al ciudadano ministro de Relaciones, en lo particular, quien con benignidad nos escuchó y oyó las nuevas exculpaciones y defensas que presentamos a los cargos tremendos que se dice hace el fiscal a nuestro desgraciado hermano y creemos, en nuestro humilde concepto, que nuestra débil voz en algo encontró cabida en su generoso corazón, pero nos indicó ser este asunto, en su acuerdo, de la exclusiva resolución de usted, ciudadano presidente, a quien, nos dijo, podíamos dirigirnos; pero, por un destino incomprensible, no obstante nuestras continuas fatigas y grandes esfuerzos para obtener de usted una entrevista, no ha sido dable conseguirla y cuando, por otra

parte, por el ministerio del ramo de Guerra no se nos admite nuestro ocurso, como dejamos dicho, en tan difíciles momentos, no nos queda más arbitrio que dirigirle esta carta, único medio que hemos encontrado, para que podamos ser escuchados y acaso, aun todavía, atendidos en los instantes de angustia porque pasamos.

No dudamos que un ciudadano como usted, adornado de ciencia, de ilustración, de civilización y filantropía, tomando en justa consideración lo que exponemos, mande suspender la ejecución decretada y, usando del atributo más grande de su soberanía, que es su clemencia, ordene sea de nuevo traída la causa a su despacho y, oyendo brevemente a su defensor y a nosotros sobre esos cargos terribles, pueda, con mejor seguridad, decretar lo que exija la salud pública o el bienestar de nuestra patria; porque la brevedad, acaso, con que se formó la causa en Querétaro, la ninguna prueba aducida que sobre los hechos cardinales y no ciertos pero sí imputados a nuestro hermano, han producido acaso, en el ánimo de usted y de su digno gabinete, impresiones que ellas, en lo aparente, presentan al reo bajo los más horribles coloridos, pero que basta la más sencilla explicación o la indicación más ligera, para destruir hechos funestos cuya existencia dura mientras la verdad llega.

La vida del hombre, ciudadano presidente, es lo más sagrado que hay en el mundo, lo más amparado por las leyes y, por esto, usted, como letrado y político, sabe, mejor que nosotros, que al condenado, hasta en el momento de estarlo ejecutando, se le oye y admite su más infeliz defensa; porque es más conforme, al derecho natural y al público, dejar sin castigo a un delincuente, que castigar al inocente. En el caso en que nos encontramos, nada hay de apremiante ni de peligroso para que se festine el procedimiento; no existe tampoco causal prominente que demande y pida esa ejecución violenta, al extremo que no dé tregua para calcular y valorizar de nuevo, cuánta y cuál sea esa inmensa responsabilidad de nuestro hermano, que no haya en el código patrio más pena que imponerle, que la de muerte.

¿Por qué, pues, ciudadano presidente, no hemos de poder ser escuchados?



¿Por qué, pues, no hemos de obtener esta sublime gracia que tiene por base la justicia y la magnanimidad de vuestro gobierno?

Los límites de una carta no nos permiten más que estas indicaciones, que elevamos con confianza al corazón recto de un buen ciudadano, de cuya clemencia esperamos obtener tan feliz resultado. Aún es tiempo, ciudadano presidente, de merecer este favor y si no es dable por vuestra clemencia otorgarnos el indulto en el acto, sí al menos pedimos, con vehemencia, la suspensión de la ejecución, que no dudamos obtener.

Por lo expuesto, insistimos en nuestra solicitud, quedando eternamente agradecidos por tal favor y confiados en que se dispondrá la indicada suspensión.

Reiteramos nuestro respeto y le rogamos dispense esta molestia que, sin mérito ninguno, le inferimos, suscribiéndonos de usted obedientes servidores que besa su mano

José M. del Castillo

Carolina F. de Castillo

Carlos Antonio de Berguido

LOS HERMANOS AGRADECEN EL INDULTO  
CONCEDIDO A SEVERO DEL CASTILLO

Casa de usted, agosto 29 de 1867

Ciudadano Presidente de la República,  
don Benito Juárez

Señor de nuestro mayor aprecio y respeto:

Profundamente agradecidos por la gracia de indulto de la pena de muerte, otorgada a nuestro hermano don Severo del Castillo, nos cabe la más completa satisfacción al manifestaros nuestra gratitud por tan singular favor.

Nosotros siempre seremos reconocidos a este beneficio y nuestro hermano, que ha sido el agraciado, habrá visto, con grande benevolencia, este acto de clemencia, hijo de vuestro corazón y nunca olvidará tan generosa determinación. No siéndonos dable personalmente expresar estos sentimientos, nos hacemos presente por ésta, reiterando a usted nuestra gratitud de nuevo y ofreciendo a su disposición nuestra inutilidad y respeto, con el que somos sus más obedientes servidores.

José M. del Castillo

Carolina F. de Castillo

Carlos Antonio de Berguido

LAS MUJERES DEL SOCONUSCO  
SALUDAN A MARGARITA MAZA DE JUÁREZ

Tapachula, agosto 25 de 1867

Señora doña Margarita Maza de Juárez:

Os saludamos cordialmente, benemérita señora, con la efusión más íntima de nuestros corazones, por vuestro regreso a la República; os contemplamos satisfecha, por el suceso y solución de la causa de la patria; porque habéis arrostrado las muy cruentas, duras y prolongadas pruebas que nuestro sexo haya sufrido; os admiramos entusiasmadas por vuestra perseverancia, por vuestra fe y por tanta resignación, emblema de un corazón inmortal y os damos la más cordial enhorabuena, porque al llegar a la capital de la República, habéis vuelto a los goces de la felicidad, encontrándoos reunida al lado de vuestro esposo, del libertador de la América, del más ilustre ciudadano.

Hijas de las ardientes y fértiles costas del Soconusco, también hemos salido ardientes, ya en contemplar las virtudes y dotes elevadas con que (la) naturaleza os ha dotado, así como en celebrarlas porque son dignas de remembranza y de admiración. Hechos de tanta estoicidad, presagian vuestros nobles, patrióticos y bellos sentimientos y, por lo mismo, nosotras, aunque jóvenes pero muy apreciadoras de vuestras raras cualidades, hemos seguido vuestra suerte, haciéndonos cargo de los inauditos y aciagos trances, que por vuestra calidad hayáis sufrido y una vez que habéis apurado el cáliz de tanta amargura, haciendo esfuerzo para sobreponeros a la calamidad tan colosal que hizo zozobrar a la nación. ¡Oh digna y magnánima señora! ¡Oh, esposa cara del libertador de las Américas, compañera acrisolada de Benito Juárez! Os saludamos

admiradas, extasiarías de ver que tantas glorias merecéis para honra de nuestra patria.

Querriamos, señora, tener siquiera una modesta inteligencia para que nuestra expresión os diera a conocer la inmensidad del grado en que apreciamos tu virtud; pero esta impresión sincera, y nacida de nuestras más íntimas convicciones, engendra en nuestros corazones el más fervoroso y genuino voto, porque en la posteridad seáis feliz, señora, para que dulcifiquéis la vida del ilustre patriota, único timbre y gloria que simboliza la futura grandeza de México. Os saludamos, pues, como incultas fronterizas; y hacemos nuestros ruegos al creador del universo, porque os conserve muchos años y porque esta sea la última prueba que tenga que pasar la nación, pues que así, no lo dudamos, cesarán las aflicciones.

Servios, elevada y amable señora, honrarnos con el título de vuestras servidoras y, como tales, os repetimos, que las suscritas se honran con que este impulso sincero de sus corazones sea tan puro como admitido en el periodismo, para que llegue a vuestra noticia y nos tengáis por vuestras admiradoras, que os tributan su sentir, sus inspiraciones y su corazón.

Concepción Escobar  
Leonardo Chacón  
Juana María Palacios  
María Ignacia Chacón  
María Iduviges Palacios  
Daría Castillejos  
Lugarda Palacios  
Amada de J. Avila  
María de las Nieves Chacón  
María del Rosario Suárez  
Josefa Escobar Manuela  
Petrona Palacios

Úrsula Escobar  
Mercedes Palacios  
Benigna Palacios  
Dolores Chacón  
Victoria Chacón  
Vidal Chacón  
Nicolasa Chacón  
María de Jesús Anlen  
Erlinda Serrano  
María Manuela Palacios  
Enecón Chacón  
Rosalía Chacón